

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Madrid. . . . . 40
En Provincias. . . . . 44
En Ultramar y el Es-
trangero. . . . . 20

LAS CORTES,

PERIODICO LIBERAL.



ANUNCIOS Y COMUNICADOS.

Anuncios, línea. . . . 46
Comunicados. . . . . 32

EDICION DE MADRID.

Viernes 1.º de Setiembre de 1854.

AÑO PRIMERO.—NUM. 1.º

PUNTOS DE SUSCRICION EN EL ESTRANGERO.

Paris, Chez MM. Saavedra et Riberoles 23, rue du Helder; MM. Lajollette, Notre dame des Victoires, 23. — Bordeaux, Chez M. Delpuch. — Marsaille, M. Camoin. — Toulouse, Mlle. Alhier. — Bayona, M. Larroulet. — Londres, M. W. Shomas, Thomas, advertising agent, 21 Catherine Street. — Strans, MM. Barthelemy, and Lowell, 14, Great Marlborough. — Bruxelles, Maquand Wahleu. — Berlin, Dunker. — Lu Haye, Kool. — Cologne, Baedeker. — Francfort, Jugel, fils Zeil. — Turin, Bocca. — Milan, Dumolard. — Roma, Merle. — Bolonia, Rusconi. — Florencia, Vlesseux. — Genova, Beuf. — Napoles, Dufrane. — Lisboa, Café de Abascal, plaza de don Pedro. — Oporto, Diario dos pobres. — Argel, Philippe.

ADVERTENCIA.

El Excmo. Sr. capitán general D. Evaristo San Miguel, con cuya amistad nos honramos, ha ofrecido favorecer el periódico en cuanto le sea posible y su colaboración con artículos que se publicarán firmados con sus iniciales.

MADRID 1.º DE SEPTIEMBRE.

Colocados en la linde de la imparcialidad, que divide naturalmente el terreno donde hoy se encuentra el ministerio, el que, con mas ó menos disimulo, ocupa ya la oposicion, ni hacia el uno ni hacia el otro queremos ni debemos todavía nosotros inclinarnos, puesto que las mismas razones que nos retraen de poner nuestra planta en el primero, nos apartan igualmente del segundo, sin que por eso desconozcamos cuanto hay en los dos de espaldas y de arroyos, y cuanto grande es la lucha que el tiempo nos prepara.

Cuando todo un pueblo se bate, la justicia de su causa es innegable. El grito de la libertad, ruidoso y aterrador como el del trueno que cruza los espacios, resonó prepotente en las orillas del allado Manzanares; España toda se conmovió á su acento, y de montaña en montaña, de torre en torre, el eco salvador de las no vencidas barricadas, hasta en sus pas lejanos confines repetido, llevó por todas partes la voz de la victoria.

Tres días horribles de feo y esterminio, tres pavorosos días de luz y muerte costó al como nunca heroico pueblo de Madrid, el triunfo santo, entonado! fin sobre los cadáveres de sus verdugos que asestaron á su casi inerme pecho las ardientes bocas de sus preñados cañones; ó ya para afianzar en su abatido cuello el yugo, con que por espacio de uno año le habia estado oprimiendo, sino á sacrificarlo inhumanamente á sus ambiciones y á su orgullo. La hora sin embargo sonó! Los ayes y gemidos del combate, las mortíferas

descargas y los agudos silbidos, con que el plomo hendia los aires, fueron interrumpidos por las aclamaciones de los vencedores castellanos, que al través del negro y espeso humo que casi el sol oscurecia, vieron aparecer la enseña de la paz, por sus mismos enemigos ofrecida. El nombre del Duque de la Victoria trocó el dolor en alegría, y los antes encarnizados adversarios, los soldados y el pueblo se abrazaron. La reina misma, la generosa Isabel, hasta entonces engañada y seducida por los enemigos de la patria, malos guardadores de su cetro, abriendo á la razon sus vendados ojos, reconoció el precipicio que á sus pies habian abierto, se estremeció de horror al contemplar las funestas huellas que detrás de su trono habian dejado, y escuchando las quejas de sus hijos y viendo en todas partes como habian derramado nuevamente su sangre por salvarla, lloró tambien con ellos, llena de gratitud, de sentimiento y de ternura. El grande y espontáneo manifiesto con que en 26 de Julio llamó en derredor suyo á los valientes de Castilla, la franqueza y sinceridad de sus palabras y la verdad de sus deseos fueron desde luego el vínculo sagrado con que unió entre sí á los buenos y leales españoles, sin que nunca ya ni la envidia ni la ambicion puedan romperlo.

En medio sin embargo de este grato y lisonjero porvenir que nuestra vista, acaso alucinada, nos presenta; no sin grande tristeza del corazón vemos aparecer en medio del firmamento algunas negras y siniestras nubes, que nos hacen recelar la tempestad, la cual es necesario por lo mismo conjurar á todo trance.

Fija nuestra atencion en el ministerio y en sus actos, en esos hombres que han aceptado el compromiso de llevar á seguro puerto la casi desmantelada nave del Estado, y que, al ofrecerlo así, debieron de contar naturalmente con la necesidad de combatir la violencia del huracan y el furor y el coraje de las olas, solo podemos lisonjearnos de una de sus determinaciones, con la cual indudablemente ha contrareestado, á lo menos por ahora; las calamidades y los riesgos. Aparte de la convocacion de las cortes constituyentes, condicion indispensable del alzamiento nacional, ninguna otra podemos contar hasta el presente que le haya hecho

merecedor de las esperanzas que á su elevacion infundió al pueblo. No somos á pesar de todo tan obcecados y tan ciegos, que no comprendamos los conflictos en que por precision ha de encontrarse, á consecuencia de lo mal parada que á la nacion dejaron los vencidos; de los apuros financieros que por todas partes surgen y de la dificultad de reunir, tan prontamente como fuera de desear, los elementos necesarios para hacer frente á las exigencias y compromisos del momento y he aqui la razon porque hoy todavía detenemos nuestra planta en la linde de los dos terrenos, donde dentro de muy poco, sin disputa, se han de dar grandes batallas.

Con toda la fé, con el mas grande ardor de nuestro corazón preparamos para entonces nuestras armas. No queremos de modo alguno que el fruto de la sangre derramada al pie de las gloriosas barricadas se parezca en nada al triunfo, cuyo decimoquarto aniversario celebramos hoy. Grande aquel y sublime, porque grande y sublime, como ahora, fué en aquella ocasion la causa proclamada, vimos no obstante ahogarse el germen de la libertad entre pobres y ruines personalidades, que estorvaron al fin su desarrollo. Y mucho este recuerdo nos disgusta, porque en nuestra natural desconfianza, casi estamos viendo como algunos de los hombres de julio de 1854 pueden parecerse á los que en setiembre de 1840, ó no comprendieron la índole de aquella revolucion, ó retrocedieron pusilánimes, ó mas el interés parcial les fué su norte, que el interés de la patria á quien servian. No aludimos á personas determinadas, porque en todos los de entonces, como en los de ahora, reconocemos en favor de la causa de la libertad grandes deseos; pero no podemos menos de traer con sentimiento á la memoria que si el alzamiento de setiembre, que tal dia como hoy levantó su orgullosa y vencedora bandera en las calles de Madrid, no hubiera encontrado, como no debió encontrar, obstáculos en su camino y en su marcha, el pueblo español se hubiera indudablemente ahorrado once años de sufrimientos, de desesperacion y de agonía.

Sirvanos, pues, para el porvenir lo ya pasado de leccion y de escarmiento.

Ha llegado á ser proverbial, en fuerza de repetirse tanto, mas por el sentimiento que

por la reflexion, la idea de que la revolucion se hundirá por el estado de la hacienda pública; idea que sostienen de mala fé los enemigos, para desacreditar y perder al gobierno del alzamiento; idea que acreditan de buena fé muchos liberales, víctimas de su juicio apoyado en la misma vulgaridad y del empirismo que tan facilmente acoge todo lo que dan en decir muchos hombres; idea, en fin, que presumimos es el quita-sueño del Sr. ministro del ramo, anonadado al ver las exigencias graves pecuniarias que le rodean, y agobiado por los clamores, empíricos tambien, y á la vez maliciosos, de los funcionarios del ramo, con grave daño del crédito del gabinete, con mengua del de la nacion, y con profundo disgusto de los verdaderos amigos de la revolucion que adoptó por lemas principales la economia y la moralidad.

Es preciso, es urgente y vital desvanecer este fantasma, y demostrar que no es el mal tan incurable como quieren hacerle parecer, indicando los remedios, no á guisa de arbitristas como los del siglo XVII, sino á la manera en que deben hacerlo quienes comprendan lo que fue la desastrosa situacion pasada, lo que es la presente, y lo que debe ser la futura, para llenar hasta donde se pueda las necesidades creadas por la revolucion.

No somos partidarios de esas economías fáciles de discurrir, que se cifran en tachar á ciegos artículos mas ó menos cuantiosos del presupuesto de gastos, dejando sin brazos estos ó aquellos servicios, ó en cercenar los sueldos inconsideradamente, dejando á los empleados sin pan, y por lo mismo sin dignidad ni estímulo para trabajar con celo y pureza; ni opinamos por otros semejantes medios de saear de apuros al tesoro, que ni son del menor mérito, ni son eficaces para otra cosa que para hundirle mas y mas en lo futuro. La economia es virtud de gran precio; la mezquindad es vicio feo; verdad aplicable lo mismo á la causa de todos que á las causas particulares.

Dejando, pues, á un lado, por despreciable tal sistema, comenzaremos á indicar sin temor al desagrado del gobierno ni á la impopularidad que momentáneamente pueda producir la censura de los economistas de cierta especie, los medios que hay de restablecer la hacienda y el crédito, ya que tenemos eso que llaman crédito, que nosotros llamamos trampas y trapisondas, usando de este lenguaje vulgar, á fin de que nos entiendan los facultativos y los legos, los que cobran y los que pagan.

Lo primero que á nuestro parecer debe hacer el gobierno es perder el miedo al déficit, y á eso monstruo que llaman la deuda flotante, sobre cuyo inventor debe caer con todo su peso la soberana maldicion de los

pueblos; y puesto que no hay medio de borrar esa partida, pesadilla de los hombres del fisco, no hacer con ella lo que con el cólera morbo, que se niega, se oculta mas ó menos tiempo, retardando el desarrollo de los preparativos y de las utilísimas precauciones sanitarias, y que por fin hay que declarar oficial y solemnemente, con pesar siempre de no haberlo hecho antes, y de haber perdido las autoridades y hecho perder á las familias preciosa é irrecuperable tiempo.

Saludable y necesaria providencia fue la del señor ministro de Hacienda nombrando la comision de examen del estado del tesoro á la fecha del alzamiento nacional, demostrando la indispensable y justa resolucio de tomar esta espalada herencia á beneficio de inventario, así como es tardía, y está produciendo fatal efecto la tardanza en los resultados, que no se atribuyen á los celosos, intelijentes y activos individuos de la comision escrutadora, sino á miedo y pusilanimidad en aquel alto funcionario, á quien mas que á nadie interesa la brevedad en este asunto. Si la comision, como creemos, ha evacuado dias hace su informe, no se detenga un momento darle publicidad en la Gaceta, mandar que le inserten todos los Boletines oficiales, fijarle, si es preciso, á las puertas de las iglesias, remitirle á los representantes del pais en el extranjero, y hacer que todo el mundo pueda enterarse hasta la saciedad de las causas esenciales de la revolucion, como el mejor persuasivo de la justicia y de la necesidad vital que hubo de hacerla, de la paciencia del pueblo en haberse detenido tanto, y de la razon con que pide un dia y otro dia que se estirpen hasta las mas escondidos gérmenes de la dominacion que á tan penoso estado nos ha conducido. Esta publicacion detallada y justificada, sin reticencias ni respetos de ningún jénero, por respetables que parecer puedan, producirá mejor efecto que las notas diplomáticas contra esa parodia de Coiblenza que sueñan en representar allende el Pirineo los que debian haber corrido sin parar hasta ocultar sus frentes en los espesos bosques que hay todavía por descaujar en la América del Norte. Si así se hubiera hecho en ciertas cosas el año de 40 por los hombres calumniados con el título de revolucionarios, mucha sangre y muchos millones habriamos ahorrado, haciendo imposible de una plumada lo que ha sucedido despues, viniendo á dar tardamente la razon al pronunciamiento de entonces muchos que á él se opusieron, y luego la nacion y la Europa entera. Sirva de algo la esperiencia, y sepase con cuánto motivo pedíamos que tal y no otra fuese, ya que no se hizo antes, la contestacion al célebre y ya olvidado manifiesto de Marsella.

FOLLETIN.

SANTIAGO FIEL.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS POR EL CAPITAN MARRYAT.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO I.

El nacimiento, padre y su padre.—Recibo de mi padre los primeros elementos de la ciencia cuando los elementos conspiraban contra mí, quedo huérfano. — El nacimiento de mi padre.—El nacimiento de mi madre.—El nacimiento de mi abuelo.—El nacimiento de mi tío.—El nacimiento de mi primo.—El nacimiento de mi hermana.—El nacimiento de mi sobrino.—El nacimiento de mi nieto.—El nacimiento de mi abuelo.—El nacimiento de mi tío.—El nacimiento de mi primo.—El nacimiento de mi hermana.—El nacimiento de mi sobrino.—El nacimiento de mi nieto.

años. Con estos hábitos domésticos, como todas las mugeres casadas los debian tener, se la encontraba cuando hacia falta, pero aunque siempre á mano, no siempre se podia tener en pie. Por lo regular, á la caída de la tarde solia meterse en la cama, precaucion muy prudente cuando uno no puede sostenerse. El hecho es, que mi venerada madre, aunque de virtud á toda prueba, se veia tentada por el licor, y aunque fiel á mi padre, solia encontrarla este acostada en compañía de su terrible seductor, el ron. La gabarra podia muy bien compararse con otro jardin de Eden, del cual era mi madre la Eva y mi padre el Adán consorte, si no hubiera sido invadida por aquella serpiente tentadora, que si no camió, bebido, lo cual fue peor. Debo decir aqui en honor de la verdad, y para probar que el enemigo logra siempre introducirse bajo una forma espiciosa, que al principio mi madre bebía solo para conservar el calor del estómago contra la humedad de las aguas que nos rodeaban. Mi padre se aficionó á la pipa por la misma razon, pero al venir yo al mundo, él fumaba y ella bebía desde la mañana á la noche, porque el hábito lo habia hecho casi necesario á su existencia: el vaso y la pipa no se separaban nunca de sus labios: hubieran desafiado al frio por muy frio que fuese á que penetrase en sus estómagos; pero ahora he hablado bastante de mi madre y voy á ocuparme de mi padre.

La pipa de mi padre, literal y metafóricamente hablando, estaba adherida á sus labios. Poseia unos cuantos apotegmas que aplicaba á todos los desastres; y, como rara vez ó nunca era pródigo de palabras, hé aqui como las pocas que decía quedaron impresas en mi imaginacion infantil. Una de ellas era «paciencia y barajar»; á lo hecho pecho. Cuando proferia alguna de estas sentencias era asunto concluido. Nada le alteraba: los juramentos, blasfemias, depreciaciones de los charneros de los otros lanchones, gabarras y botes al chocar con nosotros en el flujo y reflujo de la marea, no producian en él otro efecto que una ó dos columnas mas de humo de la chimenea de su pipa. Con respecto á mi madre su expresion favorita era «paciencia y barajar», pero en ella surtia siempre el efecto contrario, pues la encolerizaba mas: era como echar aceite en el fuego. Otra expresion peculiar de mi padre cuando alguna cosa no iba bien, era «mañana será otro dia». Estos aforismos quedaron profundamente grabados en mi memoria, y como de continuo los oia, hé aqui la causa por que mucho antes de que me saliese la

muela del juicio, me encontré hecho un filósofo. La educacion de mi padre habia sido descurrida: no sabia leer ni escribir, y, aunque no habia inventado las letras como Cadmo, se habia acostumbrado á ciertos geroglíficos comunes que espresaban lo suficiente sus ideas, los cuales podian considerarse como una memoria artificial. «No se lee ni se escribe, Santiago», solia decirme, pero lo quisiera: pero mira, hijo, este signo significa tres cuartos de fanega: tenlo presente para cuando te lo pregunte.» Solo en casos particulares inventaba un nuevo geroglífico para aborrazarse palabras. Acostumbréme á sus garabatos y tildes, y como tenia buena memoria, le sacaba del paso en sus apuros con alguna x ó que representaba alguna cantidad desconocida, igual á las mismas letras en algebra. Ya he dicho que era heredero forzoso, pero no que era el único hijo de la familia. Mi honrada madre habia tenido dos mas; pero el primero fue hijo, murió de sarampión, y el segundo, mi hermano mayor, de una zambullida desde la popa de la gabarra, á la edad de tres años. Cuando sucedió esta desgracia, mi madre se habia acostado despues de sus libaciones; mi padre estaba á cubierto reclinado sobre el molinete, chupando magistrosamente su pipa. «¿Qué ha sido eso?» exclamó quitándose de la boca y escuchando. «No estrañaria que fuese Jorge.» Y volvió la pipa á la boca y siguió fumando como antes. El pronóstico de mi padre fue verdadero. En efecto, Jorge fue quien cayendo al agua le distrajo de sus meditaciones, pues á la siguiente mañana el niño no pareció. Sin embargo, algunos dias despues fue encontrado, pero, como dijeron los periódicos y los médicos, estinguido su espíritu vital, y además las anguias y barbos le habian comido las narices y una parte de su rolliza cara; y así que, como dijo mi padre «no servia para nada.» La mañana siguiente á esta catás-

trofe, mi padre subió muy temprano á cubierta y no dió con el pobrecillo Jorge: volvióse á su camarote, se puso la pipa en la boca y no habló palabra. Como no acudiese mi hermano á la hora del almuerzo, segun costumbre, mi madre le llamó á gritos, pero Jorge que no se hallaba al alcance de sus pulmones y permaneció mudo como un pez, no desplegó sus labios n tampoco mi padre. Entonces salió mi madre del camarote y recorrió toda la gabarra, miró tambien la pertera por si se habia quedado á dormir en el mastin pero en ninguna parte se le encontró. «Dios mio, dónde está Jorge! exclamó mi madre con ansia maternal y aterrado semblante, interpellado á mi padre al entrar en el camarote. Este no dijo una palabra, pero quitándose la pipa de la boca soltó una bocanada de humo dándole una direccion perpendicular hasta que se dispuso en el espacio; entonces volvió su pipa á la boca y chupó tranquilamente. «¿Cómo! ¿quieres darme á entender que se ha ido á pique?» exclamó mi madre. Mi padre meneó la cabeza y siguió fumando por un largo rato. Un torrente de lágrimas, exclamaciones y lamentos respondieron á esta infauusta nueva: mi padre dejó á su esposa que se desahogase, y cuando esta dió fin á sus lamentos, dió tambien fin al tabaco. Mi padre sacudió la ceniza de la pipa diciendo tranquilamente, «paciencia y barajar; á lo hecho pecho», y empezó á llenar la pipa. «¿A lo hecho pecho! exclamó mi madre; ¿conque ya no tiene remedio?» «Paciencia y barajar» replicó mi padre. «Paciencia y barajar» replicó mi madre enfurecida. Todo lo tomas así. Creo que si me cayese al rio tambien dirias lo mismo.» Si por cierto, replicó mi imperturbable padre. «¡Oh hijo mio, querido de mi vida! exclamó mi pobre madre: dos infelices criaturas y perdistas las dos!»

Esto bajo el aspecto político. Bajo el económico no juzgamos menos útil el procedimiento de la publicidad mas lata. La imaginación de los pueblos es ardiente y propende a la exageración. La de los hombres del dinero y del crédito es del mismo carácter en el sentido del miedo. Sepan unos y otros la profundidad de la llaga... para que los recelosos de buena fé no la crean incurable por indefinida, ni los malignos enemigos la ponderen á su antojo en contra de la restauración del sistema económico...

Que se asustará el pueblo cuando tras el descarnado esqueleto del tesoro vea venir los necesarios sacrificios que son su escuela mas ó menos inmediata. No debe asustarse el gobierno. Si hay nuevos sacrificios que hacer, bajo esta ó la otra forma, en lo cual solo estamos por lo precisamente indispensable, con maduro estudio y con mucha parsimonia; sabrá el pueblo, y es cargo del gobierno hacérselo entender bien claro, que no es el actual el que se lo impone; que debe tal daño, despues de tantos otros, á los hombres que han provocado sus iras; y esto, sobre darle resignación en cuanto él lo presente, le dará fuerza y ánimo resuelto para oponerse á toda idea de restauración impropia de lo pasado; viniendo siempre á hermanarse las ventajas políticas con las económicas debe publicidad del estado canceloso de la fortuna pública; publicidad que debe continuar del modo mas completo y absoluto en lo sucesivo, y con los mismos trascendentales efectos.

Pero no basta que se procuren llenar esas hondas simas abiertas en el crédito nacional; es preciso que comprenda bien el pueblo que no se abrirán otras, porque, hijas de la revolución política, económica y moral, hemos de seguir un sistema diametralmente opuesto, á fin de que, si en este año, si en parte del que viene, no es posible, cogéremos al cabo, y con la menor tardanza, el fruto de la revolución, el producto de este nuevo sistema. Al efecto, es preciso comenzar las reformas con mano vigorosa y constante arrojando de las dependencias públicas á todo el que tenga la mas ligera mancha de concusión, á cuantos la opinión señala como impuros, para lo cual no es necesario que resulte de un proceso imposible su inicia conducta, bastando solo sus conocidas é íntimas relaciones con la parte dilapidadora, y la protección ciega que han debido á los desmoralizadores del país; su falta de merecimientos; su porte lujoso insultante, incompatible con el haber señalado en la nómina; sus ascensos rápidos é infundados en perjuicio de los mas antiguos y beneméritos; sus notorios excesos electorales en el tiempo pasado, y otros claros indicios de que tales personas son tan perniciosas para la moral como para la economía, y por consiguiente para plantear el sistema popular que nos proponemos. Dejen lugar estos vampiros á los buenos servidores, cargados de años y méritos, que sabrán presentar al pueblo confianza en el gobierno que representan, y persuadirle de la necesidad de auxiliarse para que los efectos vengan mas pronto á reunirse en favor del pueblo mismo, cuyos sacrificios vendrán á ser dinero puesto á rédito, si se sigue con inflexible constancia el buen camino de las reformas económicas y morales.

Pero no se crea que pretendemos una separación en masa, por decirlo así á palo de ciego. Respétese los antiguos y buenos empleados que han sabido resistir á los halagos del poder corrompido y corruptor; que no...

«Mañana será otro día» añadió mi padre; se acabó, Isabel; ni una palabra mas sobre el particular. Mi padre prosiguió por algun tiempo chapando su pipa, y mi madre enjugándose las lágrimas, hasta que por último, el primero, que era un hombre muy galante, se levantó del asiento, fuese á la alhacena, llenó una copa de ginebra y se la alargó á mi madre, esto lo hizo con tal ternura que se dejó seducir por su bondad. Despues de algunas libaciones necesarias para que su potencia se mezclase con sus lágrimas, é el pesar y los recuerdos se abogaron juntamente y desaparecieron como dos amantes que sucumben en brazos uno de otro.

Con esta metáfora deslumbradora, doy punto al episodio de mi desgraciado hermano Jorge. Como un año habria transcurrido desde su muerte, cuando fui lanzado al mundo sin otros testigos ó espectadores que mi padre y la señora naturaleza, á mi entender la mejor de las matronas. Mi padre que tenia algunas confusas ideas del cristianismo, desempeñó los ritos bautismales haciéndome una cruz en la frente con el mazo de su pipa, y llamándome Sana tiago, pues mi madre solo una vez en su vida habiéndome estado en la iglesia. En efecto, mi padre nunca dejaba la gabarra sino cuando era llamado por el propietario para el embarco ó entrega de algun cargamento, ó desembarcando una vez al mes para comprar víveres. No recuerdo nunca la época de mi infancia, pero sé que la gabarra estaba generalmente muy limpia, pintada de azul y encarnado, y que mi madre acostumbraba á enseñármela como muy bonita cuando me quería hacer callar de mis rabietas. Pasé todo esto por alto, y empecé desde los cinco años, en cuya edad ya fué de alguna utilidad á mi padre, y en verdad que á la sazón me hallaba tan desahogado y listo como otros muchachos á los diez; esto podrá parecer extraño pero el hecho es, que mis ideas si bien escasas se ha-

somos pesimistas, ni creemos que faltan todos los hombres buenos en las oficinas, ni que deja de haberlos aceptables y capaces de ayudar al gobierno, prácticos en el sistema rentístico de 1845, á mantener hoy el orden de la recaudación y de la distribución, y á corregir, por los efectos en la misma práctica observados, los vicios de que aquel adolece, y cuya estirpación es necesaria, y en algunos puntos urgente. No tema, pues, el Sr. Ministro, á quien se deberá este recelo, verse desprovisto de manos hábiles y habituadas, siguiendo este método justo y reflexivo. Sistema que le aconsejamos tambien para la reposición, justa, justísima de suyo, á fin de que al hacerla, no comprenda en la reparadora providencia los hombres de 1843 que despues se han vendido vilmente á exigencias bastardas, que han claudicado en la política, y, lo que es mas grave, en la moralidad, y que hoy presentan aquella honrosa fecha, cuidando de borrar las posteriores, para ser plato de todas mesas, haciendo alarde de una constancia únicamente desmentida. En resumen, ya se trate de los actuales, ya de los reponibles, ya de los nuevos, y en esto se debe ser muy parco, antepóngase á todo la moralidad, y exijase inteligencia y buenas condiciones políticas, sin lo cual no tendremos hacienda por mas que se procure; y para lograr objeto tan santo, recházese con energía todo género de recomendaciones y exigencias, de esas que llaman compromisos, pues de lo contrario vendrán los polacos verdes á reemplazar á los polacos azules, y habremos quedado lucidos. Para esto há menester grande carácter el ministro de Hacienda; pero tambien puede contar con el apoyo de los hombres honrados y de los conocedores del ramo, y con el aplauso del pais entero.

Es de toda urgencia extinguir las dependencias inútiles y costosas, que en otras ocasiones iremos designando por su nombre, aunque debe conocerlas el Sr. ministro; rebajar los sueldos de ciertas plazas al tipo en que se hallaban hace algunos años, y reducir el número en las oficinas existentes, desde luego y sin perjuicio de la simplificación de los trabajos, lo cual puede hacerse sin detrimento del servicio, sin mas que suprimir los empleos de los que no hacían mas que suscribir la nómina, y los de los que arimados diariamente á la mesa nada podían hacer por su ignorancia, su torpeza ó su holgazanería, fiados en el favor; y cuenta que de estas cuatro clases hay muchos, y que no es despreciable la economía que de esto solo podia resultar, como lo demostráramos caso necesario.

No está aquí, sin embargo, la salvación del tesoro como muchos piensan, exagerándose por falta de cálculo, el efecto de suprimir oficinas y plazas inútiles. La principal economía está en hacer que el dinero tan costosamente pagado por el maltratado pueblo, no se arroje por la ventana para engrandecer familias y personas, haciendo del país lo que se llama merienda de negros. Solo de evitar el mal gasto, el despilfarro, se puede obtener buena economía. El señor ministro sabe bien que el buen estado de su país y del resto del vascongado no consiste tanto en que no se pague como en que no se robe. El robo es la parte mas cara, la verdaderamente cara del presupuesto. Y aunque no digamos que allí son todos santos, preciso es confesar que es donde es menos caro el referido artículo. Plegue á Dios que no cunda del todo el contagio.

Aquí está la principal economía, bien demostrada por lo pasado, de la cual ocasionaremos para hablar largamente, ya que hoy la tarea va siendo harto dilatada. La otra en que todos tienen hace mucho tiempo fija la vista, es la del ejército; y al tocar éste punto, ni nos detiene la opinión de los que quisieran que no lo hubiese, ni nos asusta el que los militares españoles frunzan el ceño creyendo que los hombres...

laban concentradas. La barca, los objetos destinados á sus servicios, y sus usos, fueron el microscopio de mi infantil imaginación, y dirigiéndose mis ideas y pensamientos á tan pocos objetos, quedaron estos hondamente impresos y su valor perfectamente comprendido. Hasta los once años en que dejé la gabarra, las orillas del río fueron los límites de mis conocimientos; algo comprendía de la naturaleza de los árboles y cosas, pero no creo que supiese que aquellos crecían. En la época que recuerdo haberlos visto en la orilla, me parecieron del mismo tamaño que tenían cuando los ví por primera vez, y no traté de indagar la causa. Pero al cumplir los diez años sabia ya todos los muelles y embarcaderos del río: la profundidad del agua, la fuerza de la corriente y el flujo y reflujo de la marea; y cuando á sus impulsos vagaba la gabarra, tenia yo bastante maña para manejarla, pues lo que me faltaba de fuerza lo suplía la destreza hija de una constante práctica.

Una catástrofe ocurrida á los once años, cambió los proyectos de mi vida, y aquí debo volver á hablar de mis padres, cuya historia dejó interrumpida. La propensión de mi madre á las bebidas espirituosas, como por lo regular sucede, se habia aumentado considerablemente, aumentándose en proporción su corpulencia. Así es, que en aquella época no era mas que una montaña de carne, cosa que no he vuelto á ver desde entonces, aunque su volumen no me llamaba tanto la atención por el costumbre de presenciar imperceptiblemente su aumento, y por no haber visto aun muger alguna sino á cierta distancia. Durante los dos últimos años, rara vez se levantó de la cama, y cuando lo hacia era una vez á la semana y esto por unos cinco minutos, pues su obesidad y natural embriaguez le permitían moverse. Mi padre desembarcaba una vez al mes por espacio de un cuarto de hora para abastecerse de ginebra, tabaco, arenques y galleta: esta era mi principal alimento por lo común, á no ser cuando pescaba alguna cosilla. Sin embargo, yo era un gran hidrópata, no precisamente por elección, sino por la naturaleza salada de mis manjares, y porque mi madre tenia un bastante sentido para discernir que los licores dañan á los niños. Pero en mi padre se habia operado un cambio muy notable: casi siempre me dejaba á cubierto y solo cubia cuando necesitaba yo su auxilio para atravesar los puentes, ó cuando se requerían mas conocimientos para eludir el choque de los buques que encontráramos. En resumen, mientras mas iba adelantando, mas incapaz se iba volviendo mi padre, que pasaba la mayor parte del tiempo en el camarote ayudando á mi madre á vaciar la gran hotella de piedra. La mujer habia prevalecido sobre el hombre y ambos eran culpables en participar del fruto prohibido de el árbol juniper. Tal era el estado de los negocios en nuestro reducido reino cuando ocurrió la catástrofe que voy á referir.

de ciertas ideas se oponen á sus intereses. Queremos el ejército vivo que sea puramente preciso para las indispensables guarniciones: queremos la milicia provincial bien organizada, con sus cuadros y asambles, á fin de que sirva en su caso al sostén de la libertad y de la independencia nacional, si se viesen amenazadas; y queremos la Milicia Nacional, compañera de uno y otro ejército, para conservar tan grandes objetos, compañeros inseparables del orden público; y todo esto lo queremos á nombre de la buena política de la revolución, y á nombre de la economía, con ánimo de rebajar grandemente el subido presupuesto de la Guerra, el cual pedimos á voz en grito que sea una verdad, que no se nos pida y se nos exija con creces y suplementos indefinidos, lo votado por las Cortes, por ejemplo, para 100,000 hombres vivos, y en la ocasión no podemos contar con 50,000. En esto hay mucho que examinar y corregir. Y todo esto lo queremos sin efectos retroactivos, sin dañar derechos adquiridos, sin destruir esperanzas legítimas.

Este mismo sentimiento nos anima respecto de las respetables clases pasivas, cuya cifra de gasto arguye poderosamente contra nuestro vicioso sistema de gobierno. Sagrados son los derechos adquiridos, porque proceden de un contrato entre la nación y sus servidores; pero pasado (y que pase pronto) el actual vértigo emplemaniaco, hijo de las circunstancias, póngase todo el conato en disminuir gradualmente hasta la extinción ese artículo escandaloso del presupuesto de Hacienda, lo cual es mas fácil de lo que parece, y será materia de otras indicaciones.

El presupuesto del clero es creado, imposible segun el estado del tesoro y del pais. Medios hay tambien de disminuirle sin atacar venerables atenciones que deben respetarse. Nos ocuparemos de este vital asunto; bastando por ahora indicar que hay provincias en que todos los impuestos directos no bastan para el pago del clero, y hay que añadir otros recursos.

Estudiadas estas economías, presentadas por el gobierno al público bajo un sistema bien combinado de regularidad y franqueza, y echando mano de los medios que todavía quedan para arbitrar recursos que sirvan de fianza (¿le será posible al gobierno salir de la situación ahogada en que se viera? Puede que nuestro patriotismo nos engañe con agradables ilusiones; pero creemos que no, y lo demostraremos mas y mas sucesivamente, deseando que el gobierno se posea de la misma fé que nosotros, se prepare á entrar en la reforma de las rentas con ánimo ilustrado y con resolución, satisfaciendo poco á poco los vivos deseos del pueblo, y que fie un poco á la buena estrella de España, que de mayores apuros ha salido cuando ha tenido por norte su nacionalismo y la honradez castellana.

Sucesos del 28 al 29 de agosto.

Tal baraunda han movido nuestros apreciados colegas en el modo de referir lo ocurrido, en los citados dias del mes de agosto y que nosotros hemos calificado de motin á última hora, que cuando la historia se ocupe del asunto y nuestros nietos la lean, tendrán derecho á creer muy cuerdamente que merecíamos los presentes vivir en Leganés.

En la última hora de nuestro número extraordinario dimos en extracto el resultado de lo que verdaderamente aconteció; ahora con mas detenimiento vamos á fijar la cuestión, de la cual hemos sido testigos.

Hace dias que se ocupaba la prensa y se hablaba mucho de la necesidad de que la reina madre saliese de palacio por motivos de política bien entendidos. La generalidad aprobaba el viaje; pero habia divergencia en el modo. Tambien habia algunas personas muy adictas á la situación pasada, y otras, mal intencionadas, que trataban de

aprovechar esta ocasión para desprestigiar la revolución de julio.

El gobierno, conociendo que en el fondo no tenia oposición la medida, partió muy de ligero en el modo de ejecutarla, rehusando algun prudente dictamen, y se equivocó. La política popular es la franqueza, la conferencia continua con el pueblo, por medio de la publicidad. Lo que se hizo el 28, cuando se reunieron las corporaciones, debió de haberse hecho antes de la salida; y sabiéndose el modo, las causas y razones, el pueblo no se hubiera alarmado en los primeros momentos como sucedió, por las escitaciones de los que espian la ocasión de quitar á la revolución de julio el mérito que ha tenido en el concepto de los hombres pensadores nacionales y extranjeros.

Antes de que se formasen los batallones, que bien tardaron hora y media, hubo peligros de que esto se convirtiese en una Babilonia. Este es un hecho indudable, así como lo es, que luego que se vino á cuentas de saber lo que cada cual queria, resultó lo que hemos dicho en la última hora de nuestro número extraordinario. Es preciso convenir en que si el gobierno actual no lo hacé tambien como desearíamos muchos; detrás de él ¿qué es lo que tiene que esperar el que no sea amigo de Montemolin ó del partido polaco.

Las cabezas redondas, cuyo talento político se reduce á una inclinación despótica á imponer su simple y pura voluntad á todo el mundo, aprobaran solamente lo que aplaudian algunos de los que acudían á los amotinados al anochecer del 28. Esta es la verdad de la cuestión y sobre lo referido apelamos á los que fueron testigos y veían, porque en tales momentos á muchos se les antojan los dedos huespedes, porque cada uno es dueño de tener todo el miedo que le quepa en el cuerpo y usar anteojos pardos, para que la luz no le ofenda.

Hubo peligros por el modo como se determinó la salida de la reina madre; pero como el pueblo es tan gran político, luego que vió que una cuestión de modo no es bastante motivo para revolucionarse, determinó manifestar su disgusto por lo malo y sostener la revolución de julio que es lo bueno.

En la provincia de Pontevedra hay un pequeño bajá que se ha propuesto mandar lo que se le antoja sin conocimiento de las leyes, sin respeto á la autoridad constituida, y con un empeño decidido de desacreditar la gloriosa revolución de julio. Este señor, que no puede desmentir los principios absolutistas que mamó en los primeros años de su carrera política con el protesto de exageración por la libertad, ha destituido diputados liberales del año 43, ha atacado las atribuciones de ayuntamientos respetables y manda, en fin, como pudiera hacerlo un sultan del Congo ó Guinea.

Tales excesos en una autoridad interina que desconoce su misión, merecen ser corregidos severamente, y esperamos sobre esto, que tanto el gobierno como la autoridad superior de la provincia, tomen las providencias oportunas, á fin de que se corrijan estos resabios de escuela polaca, deshaciendo los entuertos de esta autoridad, y poniendo la provincia de Pontevedra en armonía con lo dispuesto para todas por el gobierno de la revolución y con lo que mandan las leyes vigentes.

Esperamos tambien que el nuevo gefe político nombrado, así como las autoridades populares y del gobierno tomarán las providencias convenientes, á fin de que una provincia tan digna de consideración por sus circunstancias particulares, no sea vejada ni maltratada por los que creen que la revolución se ha hecho para ellos y no para bien del país.

Han llegado á Bayona los pocos polacos que habia en España. Se dan el aire de vie-

jos chicos de mi edad emi estado de aflicción y espanto: me eché y empecé llorar amargamente: así permaneci por espacio de diez minutos, al cabo de los cuales aparté las mas de mis ojos y miré hacia el camarote. El humo iba desahogado y reinaba el mayor silencio; fui la escopilla y aun era el olor insupportable; me parecí que lo podría arrostrar, bajé la pequeña escopilla, y lancé empujando pero nada me respondió. La junta suspendida en la alhacena, alumbraaba aun: lámpara y ella habia un vajo; examiné los rincones de la estancia; nada se quemaba; ni aun las cortinas de la alhacena se habian chamuscado. Estaba otonito: sin alito con el miedo y con voz temblorosa, volví á gritar: madre, y permaneci mas de un minuto sin respirar, despues de lo cual me decidí á descorrer las cortinas de la cama: allí no estaba mi madre, y en su lugar solo hallé una masa negra. Puse mi trémulo mano sobre ella y tenté con horror un monton carbunizado y untoso. Salí del camarote y caí sobre la puerta sintiendo en un estado de estupor que meduré algunas horas.

Como el lector podrá tener algunas dudas respecto á la muerte de mi madre, le diré que acabó sus dias de su modo peculiar é insentoso que sucede alguna, aunque rara vez, á las que se abandonan al uso inmoderado de las bebidas espirituosas. Casos de esta naturaleza suceden, esverdad una vez en cada siglo, pero no por esto son menos auténticos. Murio la infeliz de lo que se ama combustion espontánea, que es una inflamación de los gases producidos por los espíritus absuvidos por el organismo. Es presumible, que las llamas saliendo del cuerpo de mi madre trastornaron completamente los sentidos de mi padre, que se embriagó como de costumbre; así perdí á mis padres á un tpo mismo, el uno víctima del fuego, y el otro del su.

PARTE OFICIAL.

MINISTERIO DE LA GUERRA.

REALES DECRETOS. Yengo en declarar cesante con el sueldo que por clasificación le correspondía al ministro togado del Tribunal Supremo de Guerra y Marina D. Gonzalo Heredia, marqués de Villanueva de las Torres.

Dado en palacio á veinte y nueve de agosto de mil ochocientos cincuenta y cuatro.—Esta rubricado de la real mano.—El ministro de la Guerra, Leopoldo O'Donnell.

Yengo en declarar en situación de cuartel al mariscal de campo D. Mariano Quirós, ministro del Tribunal Supremo de Guerra y Marina.

Dado en palacio á veinte y nueve de agosto de mil ochocientos cincuenta y cuatro.—Esta rubricado de la real mano.—El ministro de la Guerra, Leopoldo O'Donnell.

Yengo en declarar cesante con el sueldo que por clasificación le correspondía al ministro togado del Tribunal Supremo de Guerra y Marina D. Serafin Estévez Calderín.

Dado en palacio á veinte y nueve de agosto de mil ochocientos cincuenta y cuatro.—Esta rubricado de la real mano.—El ministro de la Guerra, Leopoldo O'Donnell.

Yengo en declarar cesante con el sueldo que por clasificación le correspondía al ministro togado del Tribunal Supremo de Guerra y Marina D. José Maños Maldonado, conde de Fabraquer.

Dado en palacio á veinte y nueve de agosto de mil ochocientos cincuenta y cuatro.—Esta rubricado de la real mano.—El ministro de la Guerra, Leopoldo O'Donnell.

Yengo en declarar en situación de cuartel al teniente general D. Joaquin Bayona, ministro que era del Tribunal Supremo de Guerra y Marina.

Dado en palacio á veinte y nueve de agosto de mil ochocientos cincuenta y cuatro.—Esta rubricado de la real mano.—El ministro de la Guerra, Leopoldo O'Donnell.

Yengo en declarar cesante con el sueldo que por clasificación le correspondía al ministro togado del Tribunal Supremo de Guerra y Marina D. José María Fernández de la Hoz.

Dado en palacio á veinte y nueve de agosto de mil ochocientos cincuenta y cuatro.—Esta rubricado de la real mano.—El ministro de la Guerra, Leopoldo O'Donnell.

Para la plaza de ministro togado del Tribunal Supremo de Guerra y Marina, que ha resultado vacante por la cesantía de D. Gonzalo Heredia, marqués de Villanueva de las Torres vengo en nombrar á D. Ramon Maria Temprado, feal que ha sido de la audencia de Valladolid.

Dado en palacio á veinte y nueve de agosto de mil ochocientos cincuenta y cuatro.—Esta rubricado de la real mano.—El ministro de la Guerra, Leopoldo O'Donnell.

Para la vacante de ministro del Tribunal Supremo de Guerra y Marina que ha resultado por la salida del

(Se continuará.)



